



CARNETS MUNDANOS

MIS AMIGOS LOS PRESIDENTES Y EL CONTINENTALISMO

Muerto ALLENDE, tengo pena de no poder decir a nadie de mis amigos del gran mundo verdaderamente COMPANERO, como en la elegía de MIGUEL HERNANDEZ. A mis amigos los presidentes les gusta que se les llame SEÑOR PRESIDENTE, lo que más que a un tratamiento suena a título del catálogo del CIRCULO DE LECTORES. Esto me recuerda un concejal andaluz del FRENTE POPULAR, a quien un día alguien que le quería pedir un favor dijo:

—Señor BARNETO...

Y el hombre cortó por lo sano:

—Señor pollas...

Pero éstos no, se extasian con el tratamiento y la guardia presidencial. Ahí tienen a mi buen amigo JUAN DOMINGO PERON, que me ha dicho al oído, con lenguaje de la enciclopedia SALVAT:

—Primero tuvimos la tribu, el clan, el feudo, la nacionalidad. Ahora los jóvenes piensan en el continentalismo.

Supongo que serán los jóvenes de la C. I. A., porque uno mayormente piensa en pagar las letras del fin de mes, que ya es algo. Quien seguro que si piensa también en el continentalismo es mi buen amigo PINOCHET, que palabrita del niño Jesús que se llama así de pila, que no es un apodo puesto por la progresía en el velatorio de ALLENDE. Bueno, pues PINOCHET cree en el continentalismo hasta tal punto que ha declarado:

—Nosotros respetamos la legalidad. Pero mientras no acabemos con el caos suspendemos la legalidad. Una vez que hayamos terminado con todos los cabecillas, le aseguro que volvemos a la legalidad.

Así también me echo yo una partida de dóbles contra SANTANA y MANOLITO ORANTES, después de haberle roto al uno una mano y al otro una pierna. Con el continentalismo, usted puede llegar a ganar a EMERSON FITTIPALDI con su 600 de segunda mano, porque las reglas del juego del continentalismo permiten que le pinche antes las dos ruedas traseras. Y permiten también que mi buen amigo AGNEW me diga:

—Si no me meten mano, hasta estoy dispuesto a dimitir.

Eso es como si a mí la policía me coge robando una BULTACO y le digo al guardia:

—Mire usted, si no me lleva a la comisaría me doy de baja como socio del REAL MADRID.

También está muy duchó en continentalismo mi buen amigo OMAR TORRIJOS, que ha dicho:

—Gibraltar y el Canal de Panamá son bombas de relojería...

Deben tener estas bombas el reloj bastante atrassado, porque la cuestión es que no acaban de estallar. Y todo por el continentalismo.

Por lo que se ve, a mis amigos los presidentes les pasa como a mis amigos los artistas del gran mundo, que siempre dicen las mismas cosas. Unos y otros lo único que quieren es seguir en el machito. Las jamonas, quitándose años; los presidentes, llamando a la C. I. A. Los play-boys, ligándose a las innumerables viudas de TRUJILLO, otro presidente que fue gran amigo mío; los presidentes, pactando con las derechas, con las izquierdas y PÉRET y SUS GITANOS, si hacen falta para matar al GITANO ANTON que esté metiendo las cabras en el corral de la clase trabajadora.

Por eso, cuando se habla mucho del continente —y mis amigos los presidentes lo hacen— llevo a sospechar que tratan a todo trance de evitar que se hable del contenido. ■ D. N. I. 27.788.442.



SITUACION DESESPERADA

Por COLL

Hay momentos en la vida de las personas en los que ya no se puede aguantar más. Momentos en los que, a la vista del panorama que nos rodea, el hombre se hace la pregunta de si merece la pena todo o no merece la pena nada. Porque todo tiene un límite, y la paciencia se agota paulatinamente.

Y esto es algo parecido a lo que ocurre actualmente en España. Uno —que tiene el vicio de meditar de cuando en cuando— analiza la situación actual con serenidad de juicio, pesa y contrapesa los pros y los contras, y llega, indefectiblemente, siempre a la misma conclusión: no hay arreglo po-

sible. Es un mal endémico, un mal nuestro, incurable, fatal, irrevocable...

Para convencernos de todo lo dicho, comparémos con el resto de la mayoría de las naciones europeas y se verá la notoria diferencia. Y no tenemos derecho a quejarnos de nada, porque la culpa es nuestra. Haría falta que pasaran muchos años y, en un esfuerzo común, ponernos a la altura de esos otros países.

Y hasta que eso suceda, resignación, paciencia y crujiir de dientes.

Claro que no quiero ser del todo pesimista, porque el milagro puede producirse. Y si se produce y nuestro fútbol —que es de lo que estoy hablando— se pone a la altura de los mejores, sobra todo lo dicho anteriormente.

Dios lo quiera así.

